

Los poderes de la lectura por placer

ELSA M. RAMÍREZ LEYVA
Coordinadora



LB1050
P63

Los poderes de la lectura por placer / Coordinadora Elsa M. Ramírez Leyva.- México : UNAM. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, 2022.

xvii, 232 p. - (Lectura: pasado, presente y futuro)
ISBN: 978-607-30-7002-7

1. Lectura. 2. Promoción de la lectura. 3. Lectores. 4. Conducta lectora. I. Ramírez Leyva, Elsa M., 1949-, coordinadora. II. ser.

Diseño de cubierta: Mario Ocampo Chávez

Primera edición: 17 de noviembre 2022

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL

AUTÓNOMA DE MÉXICO

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas
y de la Información

Circuito Interior s/n, Torre II de Humanidades,
pisos 11, 12 y 13, Ciudad Universitaria, C. P.
04510, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México

ISBN: 978-607-30-7002-7

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio sin la autorización escrita del
titular de los derechos patrimoniales.

Publicación dictaminada

Impreso y hecho en México

Contenido

PRESENTACIÓN	xi
Elsa M. Ramírez Leyva	

LA PRODUCCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER

EL APRENDIZAJE DE LOS PLACERES	3
Jorge Larrosa Bondía	
PLACER Y CONOCIMIENTO: DOS POTENCIAS DE LA LECTURA	13
Juan Domingo Argüelles	
LEER POR PLACER, UN BRINCO A LAS EMOCIONES Y LA IMAGINACIÓN	25
Aline de la Macorra	
BENEFICIOS DE LA LECTURA EN VOZ ALTA DURANTE LA PRIMERA INFANCIA	37
Evelio Cabrejo Parra	
BIBLIOTERAPIA: LA LECTURA COMO FUENTE DE PLACER Y DE BIENESTAR	49
Julio Alonso Arévalo	

LOS EFECTOS DE LA LECTURA POR PLACER

HERÁCLITO CONTRA DEMÓCRITO: LA LECTURA COMO IMAGEN DEL MUNDO EN EL BARROCO	63
Agustín Vivas Moreno	
LA VIDA COMO LIBRO, EL RESTO ES SILENCIO	81
Camilo Ayala Ochoa	

ESPEJO DE LECTURA, LECTORES <i>PRÍNCEPS</i> Y PLACERES DIVERTIDOS: <i>EL LIBRO SALVAJE</i> DE JUAN VILLORO	93
Daniel de Lira Luna	

CONTRIBUCIÓN DE LA LECTURA POR PLACER A LA FORMACIÓN ACADÉMICA

DEL PLACER DE LEER COMO PROPÓSITO FORMATIVO	111
A. Olivia Jarvio Fernández	

DELEITAR APROVECHANDO. AMOR, PASIÓN, PLACER Y TRASCENDENCIA EN LA LECTURA DE TEXTOS CIENTÍFICOS	123
José López Yepes	

EL PLACER DE LA LECTURA EN EL MEDIO DIGITAL: APROPIACIÓN, INTEROPERABILIDAD Y DESCUBRIMIENTO	139
José Antonio Cordon García María Muñoz Rico	

EL PLACER DE LA LECTURA REESCRITO EN EL PLACER DEL HABITAR LA ARQUITECTURA: DEL LENGUAJE VERBAL ESCRITO AL LENGUAJE NO VERBAL HABITADO (Y VICEVERSA)	155
María Elena Hernández Álvarez	

LA LECTURA POR PLACER EN EL CAMPO BIBLIOTECARIO

EL CLAROSCURO DE LA LECTURA POR PLACER	173
Héctor Guillermo Alfaro López	

LA LECTURA POR PLACER EN LA BIBLIOTECA: ENTRE DETERMINACIONES Y POTENCIACIONES	189
Didier Álvarez Zapata	

PASIÓN POR LA LECTURA EN LA PREPARATORIA DEL TECNOLÓGICO DE CUERNAVACA: EXPERIENCIAS DE LECTURA PARA EL FLORECIMIENTO HUMANO DESDE LA BIBLIOTECA Y LA ACADEMIA	201
Ofelia Antuña Rivera	
LA LECTURA POR PLACER FORMA LECTORES: UN PODER EN RIESGO Y NUEVOS DESAFÍOS PARA LA BIBLIOTECA	215
Elsa M. Ramírez Leyva	

Placer y conocimiento: dos potencias de la lectura

JUAN DOMINGO ARGÜELLES
Escritor y promotor de la lectura, México

LECTURA PLACENTERA

En 1992, con su libro *Como una novela*, Daniel Pennac (1944) puso un poco de saludable desorden en los rígidos ideales de la denominada promoción de la lectura. Pero otro tanto de ese desorden, ya no tan saludable, lo pusieron, y a veces lo impusieron, quienes “aplicaron” a rajatabla la célebre sentencia del escritor y docente francés: “Por inhibida que sea, cualquier lectura está presidida por *el placer de leer*”.

A partir de este concepto como premisa, algunos entendieron, y entendieron mal, que absurda, paradójicamente, debíamos exigir que los lectores revelaran o evidenciaran placer, al entrar y salir de los libros desde una perspectiva de “entretenimiento” y hasta de “diversión”. Placer a cualquier costo, pero no en la acepción principal de dicho sustantivo (“goce o disfrute físico o espiritual producido por la realización o la percepción de algo que gusta o se considera bueno”), sino en la secundaria, previsible y no pocas veces insustancial: “diversión, entretenimiento”, de acuerdo con la última edición del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia.

Los poderes de la lectura...

No se quiso comprender que Pennac, en su libro ya citado, ofrecía también una complementariedad:

Están los que jamás han leído y se avergüenzan de ello, los que ya no tienen tiempo de leer y lo lamentan, los que no leen novelas, sino libros *útiles*, ensayos, obras técnicas, biografías, libros de historia (Pennac 1993, 67).

En vez de comprender esto como un argumento complementario, desprendimos de él, erróneamente, que las lecturas *útiles* no eran importantes como las inútiles, las de gratuidad y, especialmente, las literarias por excelencia, que monopolizan, según este error, el placer y la gratuidad. Queda claro que la literatura es, por definición culta, una “inutilidad”, un goce, un disfrute que sólo niega su razón de ser cuando se impone como una tarea, como una obligación escolar, como un castigo. Más aún si Pennac, para reforzar su discurso del placer textual, cita a Rousseau cuando éste afirma: “La lectura es el azote de la infancia y prácticamente la única ocupación que sabemos darle” (1993, 51).

Pero no vayamos tan aprisa en las alabanzas del pedagogo Rousseau. ¡Ay, Rousseau!: es el mismo que amaba tanto a la humanidad y a la naturaleza, el mismo que sentó las bases de la pedagogía, el autor del *Emilio o De la educación* (1762), pero ¿no es acaso también el mismo que no tuvo reparo en deshacerse de sus hijos entregándolos a los orfanatos de la beneficencia pública “abarrotados de niños abandonados”, como bien lo explica y documenta Paul Johnson en su prodigioso libro *Intelectuales?* (1990).

Dejémonos de ñoñeces. No entendimos bien a Pennac y creímos en las buenas intenciones de Rousseau, a pesar de que Roland Barthes, en *El placer del texto*, casi dos décadas antes que Pennac, ya nos había avisado de lo más importante en torno a este tópico: “El texto de placer no es forzosamente aquel que relata placeres; el texto de goce no es nunca aquel que cuenta un goce. El placer de la representación no está ligado a su objeto” (1974, 90). Y, además, por si ello fuera poco, remata Barthes, “todo el mundo puede testimoniar que el placer del texto no es seguro: nada nos

dice que el mismo texto nos gustará por segunda vez; es un placer que fácilmente se disuelve” (1974, 84).

Hemos estereotipado el placer con algo que no le pertenece forzosamente: la puerilidad y la banalidad que llevan a la “diversión” (“Leer es divertido” les decimos, como consigna y lema, a los lectores y, especialmente, a los niños y a los adolescentes). Creemos que el placer del texto lo despierta la puerilidad, y hay muchísima gente que escribe hoy con ñoñez para lectores ñoños, porque supone que el placer del texto equivale a diversión, dispersión y regocijo, en su peor sentido.

No advertimos la enorme incongruencia que hay en ello, y nos falta regresar no a Pennac, sino a Barthes, cuando escribe: “*Placer del texto*. Clásicos. Cultura (cuanto más cultura, más grande y diverso será el placer). Inteligencia. Ironía. Delicadeza. Euforia. Maestría. Seguridad: arte de vivir” (1974, 83).

Arte de vivir. Esto también es el placer. ¿Puede un lector de libros científicos gozar la lectura? ¡Por supuesto que puede! Más aún si su gusto, su placer, está en el descubrimiento del conocimiento científico. ¿Puede un historiador sentir placer cuando escribe y cuando lee acerca de la historia? Puede, por supuesto, como lo pueden experimentar también otros lectores amantes de la historia y, quizá, de la arqueología, de la antropología, de la historiografía y otras ramas del conocimiento científico sobre el pasado remoto.

Por otra parte, decir que las lecturas de *Guerra y la paz*, de Tolstói, y *Crimen y castigo*, de Dostoievski son “divertidas” es frivolar y faltarles al respeto a estas obras de tanta profundidad humana. Ciertamente, hay libros que pueden ser “divertidos”, en el sentido más amplio del término (digamos, como ejemplos, *Gargantúa y Pantagruel*, de François Rabelais, o *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain), pero aun éstos tienen un fondo satírico y de humor inteligente que va más allá de la risa o la sonrisa, mucho más lejos que la simple “diversión” o el elemental “entretenimiento”. Los mejores libros, incluidos los de sátira, ironía y buen humor, siempre van allá del divertimento.

Para cualquier persona inteligente, la risa no es necesariamente el signo inequívoco del placer. Menos aún la carcajada; esto es,

la risa estruendosa. Hay socarrones que carecen de sentido del humor: son aquellos incapaces de reírse de sí mismos porque se sienten llamados a realizar grandes proezas y misiones heroicas de apostolado. Se toman tan en serio, que no se reirían de sí mismos por considerar esta risa una afrenta a su sentimiento íntimo de suficiencia, gravedad, narcisismo y hasta sacralidad. Su socarronería, que esgrimen contra los demás, a quienes detestan, trata de esconder su propia frigidez.

Esto también lo advirtió lúcidamente Barthes en *El placer del texto*: “nuestra sociedad parece a la vez tranquila y violenta, pero sin lugar a dudas es frígida” (1982, 75). Por ello anda buscando en los libros “placeres fáciles” para reírse “como loca” con cosas que sólo son irrisorias para los bobos. El escritor mexicano Jorge Ibargüengoitia, en una entrevista concedida a Margarita García Flores (1979, 190), puso en su lugar a tales bobos:

Debo aclarar algo muy importante: yo no me burlo, no me río. Me parecería ridículo hacer un personaje con el único objeto de burlarme de él. Si mi lenguaje hace reír a la gente, allá ella. No me halagan cuando me dicen: ‘Ay, me reí como una loca o un loco al leer su obra’. No me gusta que me lo digan. En el fondo, está uno escribiendo para sí mismo [...] De cada hora que me divierto, tengo cien de trabajo. Para mí escribir no es una diversión. No acostumbro hacer bromas ni por teléfono, y la mayoría de los chistes que me cuentan me parecen siniestros.

Y si alguien no entiende esta explicación de Ibargüengoitia es, simplemente, porque no sabe leer. Qué mayor placer, diría yo, que leer a Oliver Sacks (“cultura, inteligencia, ironía, delicadeza, euforia, maestría y, en fin, arte de vivir”, para decirlo con Barthes). O a Montaigne, Platón, Thomas Hobbes o a Karl Popper, y no por cierto a tantos guasones que han confundido el placer del texto con una deformación pediátrica cuyo mejor nombre es ñoñez.

LA MUERTE DEL AUTOR Y EL PLACER DEL TEXTO

El 25 de febrero de 1980, en París, el escritor, semiólogo y filósofo francés Roland Barthes, creador y máximo exponente del estructuralismo literario, fue atropellado por la furgoneta de una lavandería mientras cruzaba distraído la *Rue des Écoles*, frente al *Collège de France*, adonde se dirigía a dar su cátedra. Casi un mes después, el 26 de marzo, a consecuencia de ese atropellamiento, Barthes murió. De muy pocos puede decirse, con mayor exactitud, que “encontró la muerte” o que “se encontró con la muerte”.

Al morir Barthes, hace poco más de cuarenta años, no murieron con él ni el estructuralismo ni la crítica francesa ni la semiología, pero (¡cruel paradoja!) las obras de quien, en 1968, advirtió sobre la “crisis de la autoría” y profetizó “la muerte del autor” y la preeminencia del texto, perdieron interés y lectores. La sociedad francesa, como ejemplo de la sociedad mundial, delató lo que ya sabíamos: los autores importan cada vez más; la escritura, cada vez menos.

Con Barthes no murió el “autor”, sino la persona pública sin la cual sus libros, que llenaron una época del análisis literario entre las décadas del cincuenta y el setenta del siglo pasado (*El grado cero de la escritura*, *Mitologías*, *Crítica y verdad*, *El placer del texto*, *S/Z* y *Fragmentos de un discurso amoroso*, entre otros), desfallecieron. Su persona también fue moda y, en la literatura, ocupó el espacio, frívolo y banal, del chisme.

“Criatura de lenguaje” denomina Barthes al “escritor” y en tal sentido él mismo era “literatura” pero, ya muerto, se convirtió en personaje de una novela (que no he leído ni tengo intención de leer), cuyo título es *La séptima función del lenguaje* (2015) de Laurent Binet (París, 1972), un escritor francés que, a manera de novela negra, “como homenaje y parodia”, según afirma, presenta el atropellamiento de Barthes como un asesinato. Juego literario, al fin y al cabo, entretenimiento de una época donde, a despecho de Barthes, el “autor” cada vez cobra más notoriedad que sus escritos, aunque no la merezca, y el placer del texto se precipita en un abismo de insulsez al ver en el texto no su lujo y su belleza, sino su simple y muchas veces vulgar anécdota.

Philippe Sollers y Julia Kristeva (otros “personajes” en esta novela) incluso se mostraron dispuestos a llevar al autor ante los tribunales. Quizá por ello en una entrevista, a la defensiva, Binet afirma que “en el fondo, el asesinato es sólo un pretexto”. Sin embargo, Álex Vicente, el entrevistador, escribe lo siguiente: “A Laurent Binet ese desenlace [la muerte de Roland Barthes un mes después de ser atropellado] siempre le pareció sospechoso. Demasiado improbable para ser pura casualidad” (Vicente 2016).

La verdad es que, hoy, ¡nada como un libro de *teoría conspirativa* para vender miles de ejemplares! Y Binet ni siquiera tiene empacho en confesar: “Yo cursé estudios de Letras sin leer ni una sola página de Barthes o Foucault” (2016). Si hubiese leído a Barthes desde la universidad, ¿habría, siquiera, coqueteado con la chabacana teoría de la conspiración para atrapar clientes del consumismo pseudoliterario?

En una de las entrevistas recogidas en *El grano de la voz*, Barthes hizo un certero diagnóstico cada vez más confirmado: las empresas editoriales consienten a “un público frágil, infiel, minado por la cultura de masas, que no es literario” (1983c, 23) y, por ello, “la ideología Nobel se ve obligada a refugiarse en los autores pasatistas, e incluso a éstos hay que sostenerlos por la ola política” (90). Ni más ni menos. Concluyó que la literatura había perdido su virtud de ser “una mediadora de saber”.

El autor de *Mitologías* escribió acerca de la cultura desde una mirada original y por medio de una palabra que privilegia justamente no la anécdota, sino la *palabra* misma. Muy probablemente, su mayor aportación es el concepto del “placer del texto”, aclarando que el placer de la lectura se hace sobre el cuerpo erótico de la escritura; de ahí que obtuviera placer lo mismo con Sade (“el escritor que me dio el mayor placer de lectura”, dijo en 1972) que con Balzac y Marx. Barthes leyó bajo un principio cada vez más extraviado o perdido en la legión de lectores: “no devorar, no tragar, sino masticar, desmenuzar minuciosamente”, a fin de “reencontrar el ocio de las antiguas lecturas: ser lectores *aristocráticos*” (Barthes 1982, 23). Y conste que esta revaloración de la lectura aristocrática la hizo desde la izquierda.

La Sociedad de Amigos del Texto no lee las obras literarias por sus anécdotas, ni mucho menos por la nombradía de sus autores, sino por los guiños, por la seducción del tejido verbal, que no otra cosa es el “texto” (del latín *textus*; propiamente “trama”, “tejido”). Barthes disfrutaba a Sade (cuya escritura está muy lejos de ser erótica) no por el placer sexual, sino por el placer textual, aclarando que “el texto de placer no es forzosamente aquel que relata placeres” (Barthes 1982, 90), y, en cuanto al lector “aristocrático” o exigente, el “encanto” del texto no está en lo que todo el mundo, por defecto, dice que es “encantador”.

Barthes sostiene en *Crítica y verdad* que, por el placer del texto, la obra desarrolla en el lector otras palabras que le enseñan a hablar una segunda lengua. Y en *El placer del texto* pone un ejemplo ante un escrito flaubertiano:

Leo en *Bouvard et Pécuchet* esta frase que me da placer: “Mantel­les, sábanas, servilletas colgaban verticalmente, agarradas por pa­lillos de madera a las cuerdas tendidas”. Gusto en ella un exceso de precisión, una especie de exactitud maníaca del lenguaje, una extravagancia de descripción (Barthes 1982, 45).

El autor de *S/Z* nos enseñó a leer, y nos descubrió el placer de la lectura, muy lejos, a años luz, del anecdotismo, de la obra descuidada, de la escritura mediocre, esa escritura de la cultura de masas que ignora por completo la voluptuosidad del lenguaje y que, de la muerte de Barthes hacia acá, se ha agravado en burdas formas de narrar. Si la lectura no es estética es porque tampoco lo es la escritura. Sentenció: “Si fuese posible imaginar una estética del placer textual, sería necesario incluir en ello la *escritura en alta voz*: la ‘escritura vocal (que no es la palabra)’” (Barthes 1982, 108) de la que, por cierto, no saben ni la mitad de nada los escritores que se conforman con nada.

Cuando Barthes sentenció “la muerte del autor”, partió del hecho de que un texto de placer no necesita siquiera ser nominativo. De ahí que afirmara: “Entiendo por *literatura* no un cuerpo o una serie de obras, ni siquiera un sector de comercio o de enseñanza,

sino la grafía compleja de las marcas de una práctica, la práctica de escribir” (Barthes 1982, 123).

En su “Lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France”, pronunciada el 7 de enero de 1977, habló del poder literario que vive en enfrentamiento con los demás poderes y, especialmente, con el poder político, pero no por el “discurso” o el “tema” de esa literatura, sino, especialmente, por la soberanía de la maravillosa lengua dialógica combatida casi siempre por la lengua política a la que la creación literaria debe evadir para decir algo que no sea lo que siempre se obliga, sino lo que nunca se permite.

En este sentido, la definición de “literatura” que ofrece Barthes es insuperable: “A esta fullería saludable, a esta esquiva y magnífica engañifa que permite escuchar a la lengua fuera del poder, en el esplendor de una revolución permanente del lenguaje, por mi parte yo la llamo literatura” (1977, 123).

Y, en otra parte, advierte: “Apenas se ha dicho algo sobre el placer del texto, y en cualquier parte aparecen dos gendarmes preparados para caernos encima: el gendarme político y el gendarme psicoanalítico” (121-122).

Junto a Harold Bloom (1930-2019) y George Steiner (1929-2020), Roland Barthes (1915-1980) forma parte de una trilogía de grandes lectores y productores de “literatura”, habiendo rozado, apenas, sólo en el caso de Steiner, la escritura de ficción. Si ser escritor es un oficio, ser lector, como lo fueron ellos tres, puede representar una vocación mayor que la de muchos “creadores” que no tienen ni idea de que la literatura es algo más que contar anécdotas, algo más que hacer obras con “mensaje”, y algo más que el simple hecho de llamarse “escritor”.

En sus aún disfrutables *Mitologías* (y con el “aún” me refiero a considerar los contextos franceses de la década del cincuenta, en el siglo XX) advirtió lo que hoy es una peste, literaria y editorial, indudable, comparando la literatura, en sus formas degradadas, con la astrología. Escribió:

La astrología se ubica entre los intentos de semialienación (o de semiliberación) que tienen por función objetivar lo real sin llegar

a desmitificarlo. Otra de esas tentativas nominalistas es bien conocida: la literatura, que en sus formas degradadas no va más allá de contar lo vivido: astrología y literatura tienen la misma tarea como institución “retrasada” con respecto a lo real: la astrología es la literatura del mundo pequeñoburgués (Barthes 1983b, 172-173).

El placer de la lectura condujo a Barthes a la escritura de una obra crítica original y aguda que lo muestra, indudablemente, como un “creador” y como un gran “lector”. Al referirse a su oficio crítico, dijo en 1970, en una de las entrevistas que, póstumamente, serían reunidas en el libro *El grano de la voz*: “Para mí es una actividad de desciframiento del texto y aquí pienso sobre todo en la ‘nueva crítica’, como se la llama ahora. Porque la antigua, en el fondo, no descifraba, ni siquiera planteaba el problema del desciframiento” (1983c, 98).

En otro momento, admitió: “Lo que me gusta en un relato no es directamente su contenido ni su estructura, sino más bien las rasgaduras que le impongo a su bella envoltura: corro, salto, levanto la cabeza y vuelvo a sumergirme” (Barthes 1982, 21).

“Me intereso en el lenguaje porque me hiere o me seduce” (1982, 63), dijo Barthes como divisa. En su obra, quizá lo más parecido a la denominada “creación literaria” son sus *Mitologías*, con las que, de algún modo, crea un género de la crítica y el comentario sobre la realidad irreal (o mítica) de la cultura de masas y la civilización del consumismo: desde el juego y la moda, hasta el Tour de Francia y el cerebro de Einstein; la política y la moral; la foto-genia electoral y la astrología; el estriptís y el bistec con papas y, por supuesto, la “literatura” y la “crítica”, en donde delató a “la crítica ni-ni” (“ni reaccionaria ni comunista, ni gratuita ni política”); esto es, la crítica que “ni fu ni fa”, ésa que, para decirlo pronto, ni es crítica ni sirve para nada: un mito más de la “neutralidad” que tampoco es neutralidad.

Siendo la vocación de Barthes, como fin y principio, el placer del texto, lo más parecido a su biografía intelectual y sentimental son sus *Fragmentos de un discurso amoroso*, en cuyas páginas un enamorado del texto habla, con sensualidad, de lo que lee e inte-

gra a su existencia. ¿Y qué se puede decir de *El placer del texto*? No es manifiesto ni es fundamento en un sentido vulgar: es la carta de creencia de un lector impar.

En sus meditaciones, en su abismarse en el pensamiento, una furgoneta lo interpeló. Paradoja terrible para quien desmitificó el culto al automóvil tomando como modelo al lujoso Citroën (el DS 19), que se aparece “como venido del cielo”. Justamente, como venida del cielo, la furgoneta que lo embistió el 25 de febrero de 1980 nos ilustró sobre otro mito moderno: el mito del nihilismo filosófico y literario. Todos los nihilistas son precavidos al cruzar una calle, y casi todos mueren en su cama. No creen en nada, pero cobran regalías y, para poderlas cobrar, ponen mucha atención en su seguridad. Barthes, un placentero del texto, levitaba en sus meditaciones y no vio la furgoneta de una lavandería que se dirigía hacia él como venida del cielo. Barthes no quería morir, en tanto que los nihilistas abjuraban de la vida pero, muy listos, saben que una furgoneta no es sólo una imagen o una representación de una furgoneta (objeto *mágico* que pertenece al orden de lo *maravilloso*), sino que, exactamente, sin margen de duda, es una furgoneta, y no levitan, sino que la evitan.

En mi juventud, leí a Barthes con denuedo, y luego lo cambié por Steiner. Descreí, y sigo descreyendo, de su profecía de “la muerte del autor”, aunque “la muerte del autor”, hoy me doy cuenta, valía sobre todo para él. Mi preferencia por Steiner no pudo destruir mi educación sentimental consumada en Barthes. Barthes se equivocó, pero sólo para los demás, no para él. Si los textos de Sade y Balzac hubiesen sido anónimos, él de todos modos los hubiese encontrado placenteros. Steiner, en cambio, nos asegura, desde su experiencia y su placer, que uno lee las grandes obras y admira en ellas a los “Maestros” (con nombres y apellidos ahí donde los hay, sin agraviar a los grandiosos anónimos bíblicos), y que es un privilegio como lector profesional (es decir, crítico, filósofo, historiador, ensayista, como lo fueron Barthes, Bloom y Steiner) ser “un parásito en la melena del león”, frase que nunca le perdonaron sus colegas universitarios ni otros académicos en muchas universidades.

En realidad, no la entendieron ni la entenderán en su grandeza, como la asumió el autor de *Lenguaje y silencio*: con la dignidad de ese glorioso parasitismo, que es a la vez placer del texto y conversación con los maestros difuntos.

REFERENCIAS

- Barthes, R. 1982. *El placer del texto y Lección inaugural*. Traducción de Nicolás Rosa y Óscar Terán. México: SIGLO XXI.
- . 1983a. *Crítica y verdad*. Traducción de José Blanco. México: SIGLO XXI.
- . 1983b. *Mitologías*. Traducción de Héctor Schmucler. México: SIGLO XXI.
- . 1983c. *El grano de la voz*. Traducción de Nora Pasternak. México: SIGLO XXI.
- . 1994d. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Traducción de C. Fernández Medrano. Barcelona: Paidós.
- Bloom H. 1995. *El canon occidental*. Traducción de Damián Alou. Barcelona: Anagrama.
- . 2003. *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades*. Traducción de Damián Alou. Barcelona: Anagrama.
- García Flores, M. 1979. *Cartas marcadas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Johnson, P. 1990. *Intelectuales*. Traducción de Clotilde Rezzano. Buenos Aires, México: J. Vergara
- Pennac, D. 1993. *Como una novela*. Traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama.

Los poderes de la lectura...

Steiner, G. 2000. *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Traducción de Miguel Ultorio. Barcelona: Gedisa.

———. 2004. *Lecciones de los maestros*. Traducción de María Condor. México: Siruela, Fondo de Cultura Económica.

Vicente, A. 2016. “Quien controla el lenguaje tiene el poder”. Laurent Binet novela la muerte de Barthes en *La séptima función del lenguaje*”, *El País*. https://elpais.com/cultura/2016/12/05/actualidad/1480939490_533161.html.

Los poderes de la lectura por placer. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información/UNAM. La edición consta de 100 ejemplares. Coordinación editorial, Anabel Olivares Chávez, revisión especializada: Valeria Guzmán González; corrección de pruebas: Valeria Guzmán González y Carlos Ceballos Sosa; formación editorial, Mario Ocampo Chávez. Fue impreso en papel cultural de 90 g en los talleres de Migal Impresiones Digitales, 3er Anillo de Circunvalación no. 73, Col. Barrio Santa Bárbara, Alcaldía Iztapalapa, CDMX, C. P. 09000. Se terminó de imprimir en diciembre 2022.